

AMOR DE MADRE

(Pseudónimo: Casimiro. Opta al premio especial para menores de 18 años)

Recuerdo aquella tarde como si fuera ahora. Era una tarde cálida de agosto, la cortina de mi habitación no dejaba que entrara nada de luz del exterior, y en la calle todavía se escuchaba el eco de las voces de los niños jugando a la rayuela, de las conversaciones de los jóvenes que estaban intentando con ellas saciar ese anhelo de formar parte de un grupo que surge cuando se es adolescente, y de las risas de los vecinos que entonaban en el bar de la esquina las canciones habituales antes de regresar a casa. El bochorno soplaba en la distancia, ingrátido pero certero, vaiveneando mi persiana en un traqueteo oblicuo, vergonzoso, casi de puntillas, que en otro momento me hubiera resultado agradable, me hubiera hecho sumirme al instante en mis ensoñaciones, pero aquella tarde oprimía mis sienes con una brusquedad que dolía, que perforaba todos y cada uno de mis pensamientos, que hacía que sangraran mis emociones.

Me castañeaban los dientes y mi cuerpo estaba frío; mi voz, ronca; mis dedos, rígidos; mis ojos, hinchados; y nada eran capaces de hacer las mantas ni el calor de la calle contra esa temperatura que parecía haberse adueñado de mí y me había sumido en aquel incesante letargo, que ni su suavidad ni tampoco su calor parecían rozarme: de hecho, ni siquiera los sentía.

De repente, tenía la impresión de que el mundo me sudaba, toda mi vida se escurría por una gélida gotera a lo largo de mi espalda, y quería encerrarme en una cueva, alejarme de todos, evitar que los niños siguieran jugando, que los jóvenes metieran ruido, que los adultos continuaran divirtiéndose. Conseguir, en definitiva, y aunque solo fuera por un instante, que el planeta entero guardara silencio.

Así pasé la tarde, encerrada en mi habitación, apretando la almohada contra mi pecho con tantísima fuerza que me daba la impresión de que me iban a empezar a sangrar los nudillos. Mi dolor se traducía en rabia, en impotencia, y

creo que fue aquello lo que me decidió a hacerlo. Al fin y al cabo, nada me retenía. Así que, ¿para qué seguir viviendo?

Me incorporé en la cama como pude, sin saber muy bien adónde ir, adónde mirar, y con un enorme nudo en la garganta que me impedía respirar con comodidad. El roce del mármol en las plantas de mis pies me resultó más doloroso que nunca, más frío, pero me dirigí hacia la ventana con pasos firmes. Mientras lo hacía, tenía la mente en blanco. Por primera vez en mucho tiempo no tenía nada en lo que pensar. Nada que mereciera la pena. Y entonces subí la persiana, con los movimientos medidos y proporcionados de un autómatas. Parecía como si se me estuviera cayendo la identidad pasito a pasito, como si el escaso calor que me quedaba, lo único que tenía que era mío y de nadie más, estuviera siendo absorbido por el avaricioso suelo de mi habitación.

Ni siquiera pensé en si me dolería demasiado, en si después todo estaría más oscuro, en si mi cuerpo entonces se quedaría más frío. Tan solo me limité a abrir la ventana, a coger aire, a respirar hondo, a mirar desde las alturas por una última vez, a acercarme al alféizar... Y entonces, justo cuando me disponía a hacerlo, tuve la sensación de estar pasando a formar parte de otra dimensión. Lo que entró por la ventana no fue el frío que me había estado carcomiendo las entrañas hasta entonces, pues a este lo cribó la mosquitera. Lo que entró fue un calor agradable y armonioso, que me recordó quién era, que me hizo despertar. Y aquello supuso para mi conciencia un guantazo en forma de esa voz robada por el viento que se dejó escuchar desde el otro lado de mi ventana, que me alcanzó en forma de susurros, de palabras, del aliento condensado de una mujer que sabía lo que quería, que lo había vivido todo, que sabía qué era lo que yo necesitaba en aquel momento de desamparo.

De repente vi que esa voz que se estaba arraigando en mi interior me había pisado en tan solo un segundo, había dejado huella a su paso por ese instante de mi vida. Y me di cuenta de que no podía, de que no quería hacerlo. Mis pies no querían moverse, no querían dejar que a mi cuerpo se lo llevara el viento, sino que parecían haber heredado la consistencia del hormigón, y me mantenían ligada a esa voz melancólica, sincera. Una voz que, con el paso de la felicidad y de los años, había acabado por asumir que la vida a veces sabe a poco, y que eso hace que nos engañemos, que de repente un día, cualquier

decisión excepto la adecuada acabe por parecernos la correcta. Una voz adulta que, al igual que yo, estaba borracha de malos recuerdos, solo que con la diferencia de que ella sabía regresar al pasado y, como la niña que todos llevamos en nuestro interior, se estaba desahogando en poemas, en sonrisas destiladas: en sueños.

Me quedé varada junto a mi ventana, apoyada en el alféizar, intentando encontrar mi norte en esa eterna sinfonía. Alcé la vista y no fue demasiado complicado, la verdad, pues mi brújula al momento señaló hacia un punto perdido en el fondo de la calle, tal vez olvidado por otras personas, pero que permanecía intacto al paso del tiempo. Ella estaba sentada en ese rincón, sentada en el mismo banco de piedra de cada día, bajo ese pino que había visto crecer a todos los niños de Cercedilla durante generaciones, y que cada nueva primavera florecía algo más fuerte.

Vi cómo las palabras surgían de la laringe de aquella mujer como movidas por el frío que en otro momento había producido en su cuerpo lo inesperado, lo nunca deseado; vi que aquella mujer había sufrido, deduje que incluso tendría bolsas azuladas ensombreciendo su cordial mirada; pero allí estaba, dejándose llevar por su afán de libertad, por su esperanza, cuidando al pino, aceptando verse mimada por el murmullo del aire en contacto con la corteza del tronco, dando voz a las luces y a las sombras del pueblo, de la vida; y la fuerza que movía sus palabras era suave, delicada, natural, pero al mismo tiempo, humilde, de una cadencia rítmica que me hizo ver que en algunas ocasiones solo es cuestión de medir los versos, y en definitiva, las acciones, para que la vida cobre sentido.

Por eso no di aquel paso, porque aquella voz me paró en seco, supo hacer que la escuchara, que me escuchara a mí misma. Y es que sus palabras eran grandes, y me rozaban, me acariciaban, me tendían la mano, sufrían al ver que yo sufría. Esas palabras, pese a no haberlas oído nunca, aquella noche revivieron en mi interior, resurgieron en mi memoria el tiempo que se iban tatuando en todas y cada una de mis venas. Y tuve la impresión de que constituían en sí mismas una música familiar, como si tuvieran ese toque de seguridad de las canciones de cuna con las que había crecido, de las melodías

infantiles que me habían acompañado y me habían visto aprender durante lo que llevaba de vida.

Por eso pasé la noche apoyada en aquel alféizar, hasta ya entrada la madrugada. Y lo cierto es que no me gustó nada que el día se acabara, porque parece que desde que nacemos nos ocurren cientos de miles de cosas que siempre tienen que acabar en el peor momento imaginable. Pero de este modo todo cobró sentido.

Cobró sentido porque la voz ligeramente ronca pero de ademán amable de Gloria Fuertes no cesó, porque mientras yo volvía a la cama, seguía escuchando su eco certero perderse en la lejanía, como a intervalos, a capricho de ese bochorno que lo tambaleaba. Cobró sentido porque aquella mujer consiguió redirigir mis pasos con sus palabras. Y es que las suyas fueron palabras desinteresadas, llenas de amor, y me arroparon, y me dieron calor cuando volví a meterme en la cama, y me ayudaron a hacerme fuerte, a encontrar ese rumbo que se me había perdido. Y aunque no las viera hacerlo, estoy segura de que esa noche me contemplaron dormirme desde la distancia, velando por mi seguridad, al igual que durante tantos años había hecho esa madre que, por primera vez en mi vida, aquella mañana había dejado para siempre de estar a mi lado para arroparme.